

¿Cómo se crea un personaje?

Marc Rosich y Rafel Duran
Septiembre 2013

Caixa
escena



Obra Social "la Caixa"

Este recurso os permitirá conocer los mecanismos que utiliza la escritura dramática a la hora de caracterizar, definir y dar voz propia a los personajes. Vinculado al recurso “Creación de una obra en el aula”.

Para compartir con los alumnos.
También para trabajar en la clase de lengua o literatura.

El personaje

El personaje es uno de los principales componentes de toda obra teatral y un elemento esencial para que toda acción dramática pueda existir. De hecho, se trata de una construcción artificial que el dramaturgo crea como espejo de los individuos que existen en la realidad y que coloca dentro de una trama con fines dramáticos y narrativos. ¿Pero de qué está constituido realmente un personaje teatral? Al fin y al cabo, se trata de una serie de réplicas que el dramaturgo escribe sobre el papel para que, al ser interpretadas por un actor ante un público, se cree una cierta apariencia de realidad, una representación coherente que el espectador puede seguir y entender como una unidad de carácter. Pero, ¿qué hay detrás de las palabras que escribe el dramaturgo? ¿Qué es lo que crea esa ilusión de un individuo reconocible? Hablemos primero de las herramientas que el dramaturgo utiliza para moldear ese artefacto: la caracterización del personaje y su puesta en marcha, a través de la acción y del habla.

La caracterización

La caracterización es el conjunto de todos los rasgos observables de un personaje de ficción. Se trata de todos aquellos datos que uno puede conocer de manera observable y que pueden ser significativos en mayor o menor grado para la evolución de la trama en la que nuestro personaje está inserido. Todo personaje está construido a partir de esa suma de rasgos que lo individualizan del resto del reparto y que hacen de él una creación única y reconocible.

Todos estos datos, ya sean recopilados previamente al proceso de escritura o durante el mismo, pueden ir desde los rasgos puramente físicos o los fácilmente cuantificables y clasificables [edad, sexo, nombre] hasta los detalles psicológicos más inasibles y abstractos. En la lista de rasgos, encontramos también datos que nos hablan de sus raíces y de sus vivencias acumuladas [orígenes, familia, estudios realizados], pero al lado de estas flechas que apuntan directamente a su pasado, también encontramos líneas que señalan hacia el futuro y que nos hablan de sus anhelos y proyectos a corto, medio y largo plazo. Los unos son tan importantes como los otros, por un lado los datos referentes a su pasado se convierten en claros condicionantes de su carácter en el momento presente de la acción, mientras que los deseos y frustraciones no resueltas, nos hablan de todo aquello que puede empujarle a tomar decisiones y, así, hacer avanzar la trama.

El momento de la elaboración de la lista de rasgos de nuestro personaje es clave a la hora de ofrecer cierta complejidad a nuestra construcción. Y siempre es interesante que algunos de estos elementos contrasten entre ellos de manera sorprendente o que reservemos a nuestro personaje algunos misterios o zonas en claroscuro. De este modo se consigue crear un personaje más imprevisible y escurridizo, y en consecuencia más interesante.

El personaje se define a través de la acción

Dentro de la creación del personaje, la recopilación de rasgos para su caracterización que acabamos de enunciar es una tarea de las más importantes, pero una vez esbozadas esas líneas maestras aún no tenemos ante nosotros a un personaje. Todavía tenemos un experimento de laboratorio, inerte, sin vida. Tenemos la simiente de un personaje, el conjunto de rasgos que pueden hacer único a un individuo de ficción, pero no nos encontramos verdaderamente ante un personaje hasta que ponemos este conjunto de cualidades en acción, y les insuflamos una chispa de la vida con unas acciones determinadas. Así pues, el personaje demuestra quién es y se define como tal ante nuestros ojos tomando decisiones y respondiendo en tiempo presente a los estímulos de la escena, ya sea en forma de monólogos o de diálogos.

Robert McKee, en su libro *El guión*, va incluso más allá y afirma que por muy exhaustivo que sea el listado de las características del personaje que uno elabore, no se puede conocer su verdadera personalidad hasta que éste no utiliza todo ese bagaje vital para resolver grandes conflictos o superar obstáculos aparentemente insalvables. Según él, el verdadero carácter del personaje se desvela a través de las opciones que elige bajo presión. Cuanto mayor sea la presión contra la que éste luche, con más profundidad se revelará la naturaleza esencial del personaje. Y quizá sea por esta razón que desde el inicio de la literatura dramática nos encontramos con tantos y tantos personajes que se debaten ante grandes conflictos que los ponen a prueba. De hecho, se trata de una nueva confirmación de que no nos interesan los días cotidianos y rutinarios de nuestros personajes, sino aquellos días que tienen algo de extraordinario y que significan un cambio de rumbo radical en sus vidas o sus anhelos.

La otra estrategia dramática que ayuda a que nuestro personaje no se quede inmóvil es que a lo largo de la función aprenda de sus elecciones y de sus errores, que evolucione y madure, de forma que algunos de los rasgos de los cuales gozaba al principio de la trama se vean modificados a lo largo de la función.

El personaje se define a través de su voz

Una de las principales acciones que lleva a cabo en escena todo personaje teatral es hablar, y cada vez que abre la boca para expresarse, lo debe hacer con una voz individual y no intercambiable. Con esto queremos decir que cada personaje tiene su propia manera de expresarse oralmente, su manera personal de ordenar [o desordenar] su discurso en palabras, algo que también es resultado y consecuencia de toda su biografía, de la suma de rasgos de caracterización en los que se ha trabajado. A la hora de escribir la voz de nuestro personaje debemos conseguir la apariencia de un idiolecto, término de la sociolingüística que nos puede ser muy útil y que define el conjunto de rasgos propios de la forma de expresarse de un individuo. La creación de un idiolecto coherente para cada personaje es muy importante, de manera que en las escenas la voz de uno contraste con la de su interlocutor, y así, como espectadores, nos creamos que cada una de las réplicas sólo habría podido ser expresada de esa manera determinada por ese personaje y no por ningún otro. Esta es una de las principales armas que tiene el dramaturgo para crear la coherencia textual de una pieza de teatro.

La caracterización nos da muchas pistas para poder elaborar la voz de nuestro personaje. Por un lado, nos marca el registro en que suele hablar, su grado de dominio de la lengua, su capacidad para ordenar en palabras sus pensamientos. Por otro lado, cada personaje tiene su repertorio particular de vocabulario, que nos habla continuamente de los mundos con los que está en contacto o de las experiencias que acumula en su mochila vital. Por ejemplo, a un personaje que es médico de cabecera, en las situaciones más inusuales le vendrán más fácilmente a la boca términos como «diagnóstico», «epidérmico» o «quirúrgico», mientras que un personaje que ha vivido toda su infancia rodeado de coches en el taller mecánico que era el negocio familiar, utilizará en la vida cotidiana con completa naturalidad palabras como «chasis», «engrase», «cigüeñal» o «discos de embrague». Al fin y al cabo, cada vez que nuestro personaje habla lo hace dejando pistas indirectas e inconscientes sobre su biografía. Todo se podría reducir al dicho: «Dime cómo hablas, y te diré cómo eres.»

A la hora de crear la voz de un personaje, uno de los elementos que más se debe tener en cuenta es el carácter oral de la escritura dramática. Se trata de textos pensados para ser dichos en voz alta y siempre con una apariencia de realidad. En este sentido deberíamos erradicar de nuestros escritos teatrales todas las soluciones propias de la narrativa, para tener en cuenta las reglas propias del lenguaje oral en tiempo presente. Por un lado, nuestros personajes deciden expresarse siempre como respuesta a un estímulo [incluso cuando monologan], de manera que debe producirse la ilusión de que están elaborando su discurso en ese mismo momento. Y por otro lado, al hacer que el personaje hable debemos tener en cuenta que la lengua oral tiene sus propias reglas: por el mismo hecho de ser elaborada en directo, el habla del personaje reproduce su línea de pensamiento, con sus meandros, sus digresiones, sus titubeos, su falta de precisión. Así como en la narrativa es necesario que las frases lleguen a un punto y final, en teatro las ideas expresadas por los personajes pueden quedar en suspenso, pueden contradecirse, pueden elaborarse de manera desordenada... En todas esas idas y venidas del pensamiento, los personajes nos dicen más de sí mismos y de manera más interesante que si lo expresaran de forma pulida y ordenada.

**¿Cómo se crea un
personaje?**

Haz teatro